

LETRAS DURANGUEÑAS

POR ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA



“El Principito”, una lectura para sentirse siempre bien

ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA
EL SIGLO DE DUANGO
Durango

Hace unos días tuve la oportunidad de disfrutar en la televisión (en film&arts, por si interesa la posible repetición) un documental muy bien logrado sobre Antoine de Saint-Exupéry, el célebre aviador y escritor francés, autor –como sabemos– de una de las obras literarias más emblemáticas del siglo XX: “El Principito”, publicado en 1943.

El programa me llevó naturalmente al libro, cuyas páginas por cierto me han acompañado durante décadas y como “caballito de batalla” en no pocas conferencias de promoción a la lectura con adultos, jóvenes y niños.

Sin embargo, ahora “El Principito” me pareció mejor que nunca. Tenía razón Heráclito: nadie se puede bañar dos veces en el mismo río. Ninguna lectura es igual a otra, estaríamos de acuerdo por nuestra parte.

Y en el caso que nos ocupa, es evidente que la terrible pandemia del coronavirus que está padeciendo el mundo, crea un clima emocional extraordinario; el relato con todas sus maravillas y tesoros contribuye sin duda a mantener la esperanza frente al dolor presente y sufrimiento por la salud perdida, ante la inminente derrota económica y sus consecuencias, que esperemos que se superen pronto. El relato, así, recobra y traza hacia el horizonte los más altos valores humanos: la amistad, el amor, el descubrimiento afectivo por la naturaleza, los encuentros y desencuentros inesperados..., incluso la sabia aceptación de la muerte. Me sorprendió de verdad esta “nueva” experiencia: si bien el libro me es muy familiar hasta por cuestiones de trabajo, según he referido, me pareció, en este inolvidable por lo difícil 2020, que leía el libro por primera vez, principalmente el final.

Con la invitación a que se atienda la obra con la dedicación que se merece, permítanme compartirles algunos pasajes que volví a subrayar pluma en mano, al tiem-



IMAGEN TOMADA DE INTERNET

po que se confirma que hay libros con vocación reconstructiva, de beneficios espirituales, como si le dijeran a la gente: “todavía hay mucho camino por andar”. Señala con razón Michele Petit que hay obras que crecen, ganan profundidad y resplandecen en las crisis. “El Principito” ilustra magníficamente la frase.

“Cuando un misterio es demasiado impresionante, no se atreve uno a desobedecer”

“Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos...”

“La prueba de que el principito ha existido es que era encantador; que reía y que quería un cordero. Cuando se quiere a un cordero es prueba de que uno existe”.

“Pero, por desgracia, yo no sé ver un cordero a través de una caja. Puede que sea un poco como las personas mayores. He debido de envejecer”.

“Pero las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que a alguna se le antoja despertarse. Entonces se estira y se mueve hacia el sol, al principio tímidamente, como una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rá-

bano o de rosal, se la puede dejar brotar a su antojo. Pero si se trata de una mala planta, hay que arrancarla enseguida, en cuanto se percata uno de su presencia”.

“Sabes...cuando uno se siente muy triste, le gustan las puestas de sol...”

“Nunca ha contemplado una estrella. Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Se pasa el día diciendo como tú: “¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!”, lo que le hace hincharse de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!”

“Entonces te juzgarás a ti mismo –le respondió el rey-. No hay nada tan difícil. Es mucho más difícil juzgarse a uno mismo que juzgar a los demás. Si consigues juzgarte bien serás un auténtico sabio”.

“Tu planeta es tan pequeño que le puedes dar la vuelta en tres zancadas. Solo tienes que caminar muy despacio para permanecer siempre al sol. Cuando quieras descansar, camina...y el día durará todo lo que quieras”.

“Me pregunto –dijo- si las estrellas brillan para que cada cual pueda encontrar la suya.”

“-¿Los hombres? Creo que hay seis o siete. Los vi hace años, pero quién sabe dónde encontrarlos. Los lleva el viento. Les faltan raíces, lo que les fastidia mucho”.

“Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Así que me aburro un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente a los demás. Los otros pasos me hacen esconderme bajo tierra. Los tuyos me sacarán de la madriguera como una música. Y además, mira: ¡ves esos campos de trigo? Yo no como pan. El trigo no me sirve de nada. Los campos de trigo no me dicen nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes el pelo de color de oro. ¡Así que será maravilloso cuando me hayas domesticado! El trigo es dorado, me recordará a ti. Y me gustará el sonido del viento entre el trigo...”

“Adiós –dijo el zorro-. Éste es mi secreto. Es muy sencillo: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos”.

“El agua también puede ser buena para el corazón...”

“Las estrellas son hermosas gracias a una flor a la que no se ve...”

“Mirad atentamente este paisaje para que estéis seguros de poder reconocerlo si viajáis alguna vez por África, por el desierto. Y si por casualidad pasáis por allí, os pido por favor que os apresuréis, ¡esperad un poco, justo debajo de la estrella! Si entonces un niño se os acerca, se ríe, si tiene el pelo de oro, si no contesta cuando le preguntáis algo, adivinaréis enseguida quién es. Por favor, sed amables y no me dejéis tan triste: escribidme enseguida y decidme que ha vuelto”.

Las teorías modernas confirman cada vez más lo que siempre han sabido los viejos escritos: que la lectura también cura. Y “El Principito”, con su intensa irradiación poética, será como aquellas aguas limpias del río que reza el Salmo: bueno para el espíritu, que dará su fruto a su tiempo.

Las Alamedas

Árboles gigantes, centenarios testigos de la cita para el beso y del hiperestático proceso con que discurren ocios dromedarios Alameda virtual; los mercenarios nada saben del mágico embeleso en que el tiempo fugaz se queda preso, por descifrar tus verdes temerarios. Viéndote, -diaconisa del pasado, cimera iconoclasta del presente- con tu rubio esqueleto indomeñado en tu valiente oficio de Cruzado, ¡el alma se me vuelve adolescente Para hacerte un soneto enamorado!

BEATRIZ QUIÑONES
(1926-1996).

Este poema forma parte del libro Durango en el Corazón. Canto en 21 sonetos, publicado en el año de 1970 por el Comité Organizador de la Casa de la Cultura Duranguense. Como dato adicional se puede anotar que una parte del tiraje de esta obra sufrió quemaduras durante el incendio ocurrido ¿provocado? en la sastrería de don Evodio Escalante Vargas a principios de los años setentas, según Flor Estrada Berraza, biógrafa de la memorable escritora. OJL.

Manos de alfarero

HERMINIA ORTIZ MARRUFO
EL SIGLO DE DURANGO
Durango

El alfarero puso el material sobre la rueda y dando vueltas al torno me creó. No sé si por olvido o a propósito dejó en mis manos y para siempre el barro que no he querido desprender de mí. Hizo otra cosa el alfarero: quizá tomó el material de las vetas entrelazadas como hilos dorados de las paredes y deslaves del arroyito, del potrero frente al molino y de los charcos que al ocultarse dejan esa tierra fina como crema en la superficie. Esa crema de la tierra tiene un lenguaje que comunica cosas, yo la buscaba en los escondrijos: me daba señales, como regresarme el dibujo de mis pies desnudos de niña; lo pisaba por el puro placer de hacerlo, y cuando perdía o no tenía zapatos. Me acuerdo del caballo que hundía sus patas en el barril ocre y pegajoso frente a La Tinaja: papá batallaba mucho para sacarlo. Fue en ese tiempo de la infancia cuando lo descubrí y me enamoré de esa tierra; claro, todo por el artificio del Alfarero.

En esos años de creatividad infantil, empecé hacer canicas, jarritos y pequeñas cazuelitas crudas que al paso de los días se convertían en polvo. Cosas simples, creo que todos los niños jugábamos con el lodo, sólo que el mío era especial, cribado por el tiempo y con la fragua de la naturaleza.

Después de entender el arte en sus diferentes expresiones como la poesía, la escultura, la pintura,

la literatura o la música, el proceso creativo se vuelve más complejo: es largo y laborioso para darle forma y espíritu a la obra que se quiere realizar. En mi caso, sigo con el barro (arcilla o cerámica) pegado en las manos, y es el material que escogí junto con el agua y el fuego para inventar lo que me sugiere el camino, y que luego capturará mi sensibilidad y razón. Así han nacido siempre las esculturas que he hecho.

Una vez definida la idea pegada al sentimiento, el trabajo es minucioso y lleva tiempo por las características del material, lo que implica mucha dedicación desde que se concibe la pieza hasta que finalmente sale del horno: seleccionar el material, pasar todas las partículas del barro por el cedazo de mis dedos para detectar y retirar impurezas: amasar la pasta con las manos y que no haya unas partes más duras que otras, y para quitarle todo el aire, ya que una sola burbuja puede hacer que estalle la pieza cuando está en el horno; modelar procurando que todas las paredes sean del mismo grosor, de lo contrario se contrae la pieza al secarse y se rompe; ésta debe ser hueca para evitar contracturas. Y una vez moldeada, ya sea con planchas de arcilla con rodillo de madera o tiras o churros, finalmente se le da la textura.

Cada uno de estos pasos lleva tiempo y se requiere de mucho amor y paciencia en el trato del material por ser frágil y muy sentido: si no se le entiende no se puede esculpir en él; se requiere de



tiempo completo, cuando seca totalmente, que se vuelve tierra sin agua ni aire, se lleva al horno a una temperatura de 900 grados o más; el fuego le imprime un color especial y le da resistencia y a veces formas diferentes y caprichosas. Siempre le dejo el color natural. Si el trabajo es defectuoso o no se siguieron las recomendaciones señaladas la escultura se pierde al quemarse. Tiene que ser perfecta su elaboración; por eso el gusto del escultor cuando salen con su color y lenguaje de la fragua y son como poemas de barro. El artista expresa sus sentimientos mediante el elemento material, para motivar a los e los espectadores y son precisamente ellos quienes le infunden espíritu a la obra. Material, tierra, agua, mis manos y mucho sentimiento. La tierra está en todas partes, yo solamente le doy forma.

La textura quizá son estrellas comprimidas, gotas que se juntan después de la tormenta o tejidos de barro que se hilvanan, dunas del desierto, corales del mar.

Así surgieron Las sembradoras, colección de 20 esculturas; Mariposas en abril, 20 esculturas; Eva y los unicornios, 10 esculturas y Poemas para Adelita, 12 esculturas.

Cada escultura tiene sus particularidades: piezas únicas, color natural que el fuego les imprime, se alternan volúmenes llenos y vacíos, huyendo de la línea recta. Así se plasma la figura humana. Para lograrlas se desconecta uno de las actividades cotidianas, es como detener el tiempo, ausentes del mundo, olvidarse de comer, pagar la luz, el teléfono, etc., etc. Se crea una ambivalencia de placer y dolor. Agradezco al Alfarero el talento que deposito en mí.